



Capítulo 407 - ¡Mierda!

Virgilio no dijo una palabra. Simplemente se giró y comenzó a subir las escaleras que conducían al segundo piso, con su capa ondeando detrás de él como una lengua obediente de oscuridad. La sala, todavía congelada en silenciosa reverencia ante la entrada triunfal, apenas notó su partida. Pero Stella y Raphaeline lo hicieron —y lo siguieron inmediatamente, como sombras leales que no necesitaban órdenes.

La mente de Vergil era un torbellino de posibilidades. Cabernet no era del tipo que se alarmaba fácilmente. Si ella dijo que era un "enorme problema", entonces había sucedido algo verdaderamente catastrófico. Y ya sospechaba quién sería el jugador clave.

En lo alto de la escalera, opulentos pasillos se extendían como venas doradas a través del cuerpo del castillo. Los tapices ondeaban sin viento y las esculturas en las paredes parecían observar su paso con ojos sutiles. La presencia de los tres reyes en el segundo piso hizo que los sirvientes se hicieran a un lado instintivamente, inclinándose en silencio o desapareciendo en las sombras.

Cabernet los esperaba frente a una puerta semicerrada, agarrando el dobladillo inferior de su vestido escarlata, con los ojos parpadeando entre el pánico y la furia.

"Tomaste demasiado tiempo." Su voz era firme pero tensa. "Debemos actuar inmediatamente."

"Habla", respondió Virgilio secamente.



Stella y Raphaeline permanecieron en silencio a su lado. La guerrera cruzó los brazos y entrecerró los ojos. Rafaelina simplemente observaba, con esa calma que siempre parecía preceder a la destrucción.

Cabernet abrió la puerta y los condujo a una antigua sala de reuniones—paredes cubiertas de espejos negros que no reflejaban imágenes, sino pulsaciones de memoria. En el centro, un mapa arcano flotaba sobre una mesa redonda hecha de hueso petrificado. Las marcas rojas brillaban sobre él, parpadeando.

"La Emperatriz Dragón Escarlata", dijo Cabernet, yendo directo al grano. "Se la han llevado."

El silencio que siguió no fue vacío. Era pesado. Como el crujido que precede al trueno.

Virgilio apretó lentamente el puño y sus dedos crujieron como acero comprimido.

"¿Quién?" Su voz sonaba como una frase.

Cabernet señaló uno de los puntos rojos del mapa flotante, cuyo brillo pulsaba con la frecuencia de un corazón herido.

"Aún no lo sabemos. Pero era alguien de dentro. Alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo." Su voz era dura, pero allí había una sombra de dolor. "Mi hija fue atacada aquí mismo. Cuando llegamos, ella estaba al borde de la muerte. Su mente... dañada. Casi consumido. Y el Orbe, el sello de la Emperatriz, fue tomado



Stella dio un paso adelante y sus botas cayeron al suelo con un sonido que pareció marcar el tiempo. Sus ojos eran agudos como una lanza levantada.
"¿Está viva?"

Cabernet asintió lentamente. "Sí. Apenas. Ella cayó en coma profundo y no pudimos traerla de regreso. Pero el mayor problema..." respiró profundamente, tragando el dolor, "es el Orbe. La Emperatriz Escarlata está encarcelada allí. Y ahora... está en manos de alguien que sabe exactamente lo que tiene."

"Mi hija es la menor de nuestras preocupaciones en este momento", añadió con gran frialdad. "Si el Orbe se abre o se rompe en el lugar equivocado, o por las manos equivocadas... podría ser el final. Y no sólo para nosotros."

Rafaelina dio un paso adelante, lenta como una sombra deslizándose por la pared. "Durante el maldito Walpurgis..." dijo con desdén. "Alguien está intentando convertir esta celebración en una condena"

Cabernet se mordió el labio inferior y sus ojos parpadearon. "Problemático" es amable. Este es un escenario de desastre. Estamos ante una amenaza a escala apocalíptica. Alguien sacó a la Emperatriz de su sello... y lo hizo justo delante de nuestras narices."

Virgilio mantuvo la mirada fija en el mapa, con las líneas duras de su expresión talladas en absoluta concentración. Su barbilla estaba tensa, su mandíbula bloqueada como una armadura preparándose para el impacto.

"Esto fue planeado meticulosamente", dijo finalmente, con la voz baja y extendida como una espada desenvainada. "Nada fue accidental. La hija de Cabernet era el señuelo. El verdadero objetivo siempre fue el Orbe."

Se giró ligeramente y su mirada se fijó en Rafaeline.



"Tu magia de sangre es la más precisa que existe. Amplifica tu visión con los residuos de sangre en el aire, como lo hiciste en el Clan Baal. Encuentra cualquier anomalía. Incluso los más sutiles."

Rafaeline lo miró fijamente por un segundo... y luego sonrió. Una sonrisa tranquila pero cruel. "Déjamelo a mí. Si hay una gota de sangre de traidor en este castillo... me gritará."

Cabernet asintió, aliviado por un breve momento. "Empecemos por este corredor. Ahí es donde huyó el traidor. Pero ten cuidado. Sabían dónde estaban pisando. Borraron sus huellas y ocultaron su olor. "Estamos tratando con alguien que conoce nuestra casa mejor de lo que debería"

Stella chasqueó los dedos. "Eso simplemente confirma lo que ya sospechaba. Uno de los nobles. Alguien importante. Nadie de abajo tendría acceso a tantos círculos de seguridad."

Virgilio se giró por completo y su capa se reorganizó sobre su cuerpo como una bestia viviente. "Entonces quitemos las máscaras. Comienza la caza. Rafaeline, vete. Stella, cierra las rutas de escape. Cabernet, mantén viva a tu hija. Yo me encargaré del salón."

Cabernet levantó la barbilla y sus ojos brillaron con ira contenida. "¿Qué pasaría si descubriéramos quién era?"

"No habrá juicio", respondió Vergil, alejándose ya. "Habrá un ejemplo."

Rafaelina ya había desaparecido en el pasillo antes de que la última palabra de Virgilio resonara en las paredes. Su silueta era una mancha escarlata que fluía como humo vivo entre los pasillos y las escaleras.



El castillo, incluso en medio del caos inminente, no se atrevió a respirar fuerte cerca de ella.

Minutos después, la voz de Rafaeline resonó en la mente de Virgilio con la precisión de una daga clavada entre sus costillas. "Vergil. Encontré algo."

Se detuvo inmediatamente en el centro del salón y el silencio a su alrededor cayó como un velo. Su expresión se cerró aún más. "¿Dónde?"

"Quinto piso. Torre Oeste. Hay olor a sangre vieja, pero es demasiado fresca para estar allí. Está enmascarado, camuflado con magia de dispersión, pero no para mí."

"¿De quién es la sangre?"

"Es difícil decirlo. No es de la hija de Cabernet. Es... diferente. Fuerte. Denso. Alguien poderoso sangró aquí — y está tratando de ocultarlo."



Vergil no perdió el tiempo. Con un gesto, convocó una espiral de sombras bajo sus pies y desapareció —un portal relámpago que lo llevó directamente a la base de la torre. En cuestión de segundos, estaba subiendo los amplios escalones de piedra oscura.

En la cima, Rafaeline lo esperaba, arrodillada sobre el suelo de mármol agrietado. Un fino rastro de sangre serpenteaba entre las grietas de las piedras, como si tuviera vida propia.

"Aquí", señaló, con los ojos brillando de un rojo intenso. "Aquí es donde sangró. No por accidente. Por necesidad. Necesitaba usar algo —un sello de teletransportación como los que usamos nosotros"



Pasó los dedos sobre la sangre y murmuró suavemente. El líquido vibró, emitiendo un sonido gutural, casi como un grito ahogado.

"Definitivamente demoníaco. Hay runas grabadas en la estructura de la sangre. Esto de aquí... —frunció el ceño, con voz casi reverente— es sangre contraída. Alguien hizo un pacto aquí. Y no con cualquiera."

Virgilio se agachó junto a Rafaeline, con los ojos fijos en el charco de sangre fresca que parecía latir como un corazón sacrificado. Sin decir una palabra, pasó dos dedos enguantados por el sendero rojo. Poco a poco se los llevó a la boca.

El sabor explotó en su lengua como un recuerdo arrancado de él: hierro abrasador, cenizas de mundos muertos y algo... ácido, insolente, que se negaba a inclinarse. Sus ojos se entrecerraron. Sintió como si su propia sangre reaccionara, recordando antes que su mente.

Cabello blanco. Una sonrisa burlona. Un abrigo rojo que ondeaba como fuego en medio de la matanza.

El mundo que lo rodeaba parecía congelarse.

Virgilio escupió la sangre al suelo, el sonido tan seco como un disparo en absoluto silencio.

"Ya veo..." murmuró incrédulo. "Debería haberlo matado antes cuando fingía ser débil"



Pero el sabor no mentía. La energía que vibraba en esa esencia era demasiado familiar. Dolorosamente personal. Una cicatriz que el tiempo no había logrado borrar.

Se levantó lentamente, cada fibra de su cuerpo se tensó como una cuerda a punto de romperse.

"Parece que Spectre no era el líder..." su voz salió más baja, más densa. "Esta sangre es de ese maldito demonio que lo acompañó"

Rafaelina lo observó atentamente, proyectando sorpresa una sombra sobre sus rasgos.

"¿Lo conoces?"

Vergil no respondió de inmediato. Sus ojos estaban distantes, como si estuvieran viendo algo que no estaba allí— o que nunca debería volver a estar allí.

"Un poco."

Pero luego todo se detuvo.

Él lo sintió.

Una presión en el aire, como si el castillo hubiera contenido la respiración. Un destello de energía cruda que viene del pasillo detrás de ellos — rápido, rápido como una espada lanzada por un dios enojado.



Vergil hizo girar su cuerpo con un movimiento instantáneo y sus ojos se iluminaron con un brillo helado.

"Alguien viene", dijo en voz baja, levantando ya su mano derecha y las sombras a su alrededor comprimiéndose, formando espadas flotantes a su alrededor.

"Qué extraña...esa aura..." Rafaeline frunció el ceño y sus ojos rojos parpadearon mientras escaneaba el aire que la rodeaba. "Viene de afuera."

En un instante, ambos aparecieron en lo alto de la torre del castillo, con la inmensidad del horizonte extendiéndose ante ellos, un cielo cargado de nubes demoníacas que se retorcían como serpientes enfurecidas.

Entre estas sombras turbulentas, apareció a gran velocidad una figura —una mujer deslizándose entre las nubes con la gracia letal de una tormenta a punto de explotar.

Virgilio frunció el ceño y sus ojos se fijaron más allá de ella, donde algo colossal emergía del horizonte.

"Mierda..." Su voz salió ronca, cargada de una mezcla de conmoción y urgencia.

Detrás de Sepphirothy, una criatura titánica atravesó el cielo—un monstruoso e inmenso dragón de hielo, tan vasto que parecía ser parte del paisaje mismo, con la piel cubierta de escamas que brillaban con el frío de un invierno eterno.

Rafaeline gritó, volviéndose rápidamente hacia Virgilio, con el miedo y la determinación ardiendo en su voz:



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

- ¡Vergil, prepárate para la guerra! Este no es momento de limitar tus poderes.
¡AYÚDAME A DETENER ESA COSA!

El aire vibraba con la presencia de la bestia, presagio del caos que estaba a punto de descender. El cielo, el castillo, el mundo — todo estaba a punto de ser consumido por una tormenta de hielo y fuego.

